

//EL OTRO QUE FIRMA EN MI VIDA //

CARLOS VARA
UNIVERSITAT POMPEU FABRA
ESPANYA
carlosvarasanchez@gmail.com

¿Cómo hablar? ¿Cómo afrontar la voluntad de decir algo a cerca de alguien cuyo interés fundamental siempre fue la interrelación entre esos dos inconexos reinos? Hablar, decir, conceptos que debías tener suficientemente asentados si te atrevías a utilizarlos en presencia de Salva. Capaz de encadenar una retahíla intimidante para demostrar la incompletitud e inexactitud de la inconsciencia que acababas de proferir. Ese era su punto de partida, su defensivo *modus operandi* ante aquellos que cometían la osadía de circular por la vida sin el suficiente fundamento en sus reflexiones. Da igual que fueras alumno, profesor o colega; en un ejercicio de honestidad, él no hacía distinciones a la hora de rebatir opiniones. Y esa es una de las mejores y más escasas virtudes que puede tener una persona, aún más si decide circular por el mundo de lo académico. Muchos se quedaban en esa faceta, en su enciclopédico conocimiento de todo lo tocante con la crítica literaria y especialmente con una de sus ramas más arduas y laberínticas: la crítica literaria deconstructivista. Así, no era raro que si compartías un café con él, empezaran a aflorar de un modo casi descontrolado personas y arcanos conceptos: Paul de Man, archihuella, alteridad, Hillis Miller, diseminación y Derrida; porque todo volvía a Derrida. Su amado francés de pelo cano, estrella generatriz de todas sus órbitas. Pero esto, como digo, tan solo era el punto de entrada a esa bella complejidad intelectual y vital eternamente inquieta que era Salvador Iborra Mallol.

Porque más allá de esa faceta, él era un animal de cercanías y de intimidades. Su hábitat natural era la noche, el desparramamiento de libros, pipas, whisky y madrugadas cuajadas de videos bizarros e himnos de otras guerras y otras épocas. Más de diálogo, que de tertulia y nada ávido del centro del espacio público, siempre buscó los tesoros desgastados de la vida sin prestar ninguna atención a las fiebres de la moda y sus cantos de sirena. Y todo lo que tenía lo compartía con aquellos que quisieron pasar el umbral de su siempre disponible casa. Y su casa era su mundo, sus lecturas y su vida: sin

distinciones. Todo lo suyo era tuyo sin ningún atisbo de exigencia. Generoso hasta el desprendimiento, compartía hallazgos como un niño que comparte un juguete. Y siempre pertrechado de su negro moleskine no dudaba en apuntar todo aquello que surgiera en una conversación, en una serie, o en un libro. Todo era susceptible de ser pensado, disfrutado, asimilado, vivido.

Hay una casualidad que no puedo dejar de contar, porque cada uno tiene una lectura, una frase o una sincronicidad que en un momento concreto marca su rumbo. Al día siguiente de la nocturna y terrible desaparición de Salva, me llamaron de una librería para recoger un libro que llevaba un mes encargado: “El tocar, Jean-Luc Nancy” de Jacques Derrida. Un libro dedicado al estudio del autor sobre el que llevé a cabo el trabajo de fin de máster escrito por el autor fundamental del pensamiento de Salva. Aún no he sido capaz de concluirlo. No resultará complicado intuir el modo en que se entrecruzan escritor y destinatario, amigo perdido e identidad. Querría recoger un fragmento del mismo.

Un día, sí, un día, una vez, extraordinaria, una vez extraordinariamente dirigida, y con tanta violencia como destreza, cierta cuestión me capturó. Como si viniera a mí.

A decir verdad, no vino a mí. El término no es correcto. Ella no vino a *visitarme*. Dicho de otra manera, no *vino a verme*, ella como si yo la hubiese *invitado*. No, ya lo he dicho, ella me capturó, me invadió pese a que todavía no la había visto venir: me tocó antes de dejarse ver. En este sentido, sí, aunque no se me hiciera ninguna visita, esto fue cabalmente, antes de cualquier invitación, una visitación. Auténtica experiencia de hospitalidad: recibir la visitación del otro pese a que ninguna invitación hubiese precedido a la recién llegada.”

La cuestión a la que se refiere Derrida, en estos momentos es lo de menos. Lo que importa es la potencia, el acontecer de la llegada. La capacidad para vivir sorprendido y sorprendiéndose del peso que ejerce la vida sobre el cuerpo vivo. La mirada, la palabra, lo que te toca y hace sentido de un modo no siempre instantáneo, sino las más de las veces, latente, como algo que se incuba y solo es ya manifiesto cuando se ha aferrado a tu modo de construir el mundo. Así fue el regalo que Salva me dio: el de avanzar y desafiar. Aún recuerdo el día que ocurrió: una tarde del siempre bochornoso mes de Julio barcelonés.

Por aquel entonces, yo aún abrazaba la incertidumbre de dedicar mi trabajo de fin de máster a abstractas cuestiones relacionadas con el arte, sin más guía que lo que se fuera manifestando a cada momento.

—Carlos, deberías leer sobre la deconstrucción. Algo de Derrida. Cosas que dices a veces, sin saberlo, tienen mucho que ver y creo que te serviría para lo que quieres hacer.

Yo, que no sabía, pero que jugaba a saberlo, nada de lo que quería hacer, le hice caso. Y, a veces, en la distancia y otras desde el diálogo con él, comencé una ruta por una selva que aún penosamente desbrozo, pero de la que disfruto cada paso. De Derrida, rápidamente di el salto al ya referido Nancy y todo fue como una iluminación, un: “¿Dónde has estado todo este tiempo?”. Ya le he consagrado el trabajo de fin de máster y a buen seguro que él y otras ramificaciones volverán a emerger en esta desconocida senda del doctorado que apenas estoy comenzando. Ay, Salva, si me vieras aún jugando a hacer que parezca que tengo más claras las cosas de lo que las tengo. Te lo dije varias

veces, pero lo repito por escrito: Gracias. Ya no va a ser posible completar tu cuadratura del círculo de la felicidad, con Sergi, tú y yo compartiendo charlas y noches en algún congreso en algún país extranjero, ya con una edad en la que todo parece más respetable y distante, quejándonos de los alumnos de este año, del último libro proferido por algún aprendiz de estudioso que cree poseer el cetro de la verdad. No, eso ya no será posible de un modo físico, pero quiero creer, no, rectifico, *sé*, que -de muchos modos- lo que dijiste, lo que pensaste, el que fuiste, seguirá marcando las coordenadas de aquellos que tuvimos el placer de compartir tu vida y tus llamadas intempestivas.

Acabo de terminar una pipa, ya casi es verano. En esta época en la que todo amenaza con colapsarse, lo importante se convierte en esencial. Tú sabías mucho de ello: las palabras, la belleza, el silencio.

